RETOÑOS

 Paca, y ¿porqué no está habitada la casa del cerro?, -preguntó cansinamente Josefa-, a sabiendas que tanto ella como todas las mujeres de su edad ya sabían desde siempre la respuesta.

 Vete tú a saber, -contestó abúlica Paca-, quizás es que está muy lejos…o tal vez porque no tenga ni luz ni agua…a lo mejor es que aquello es inhóspito y yermo, vete a saber.

 Un gruñido y un leve asentimiento de cabeza y aprobación sobrevoló la reunión de antiguas comadres de aquella remota aldea de las estribaciones de la sierra en la que al frescor de la tarde las mujeres sacaban las viejas sillas bajas de anea, tan desvencijadas y desgastadas como ellas mismas.

 Tú bien sabes Josefa que Florencio era un hombre sufrido y paciente continuó Paca mirando a Josefa, a sabiendas de que el coro de comadres seguiría atenta la conversación, pero todo tiene un límite y hasta los mejores tienen un momento de orgullo que les hace perder la cabeza y llevar la ruina a su familia. Todos apreciábamos a la familia y nos condolimos de su adversidad, pero la vida sigue y cada cual a lo suyo, como ya sabéis y más de lo que hicimos no se pudo.

 En esto y ante la extrañeza y curiosidad de las más jóvenes Paca se atrevió a contar lo que ella había sabido o escuchado de lo ocurrido en la casa del cerro a Florencio, a su mujer Lorenza y a sus hijos en los oscuros años en que habitaron la vivienda propiedad de D. Francisco de Solís, terrateniente y propietario de la hacienda en la que trabajaban como guardeses de la finca.

 Recién casados y porque los padres de Florencio había vivido y trabajado para D. Francisco, éste se avino a dar ocupación y casa al matrimonio que empezaron su nueva vida con ilusión y optimismo, a pesar de las carencias del edificio y de sus escasos bienes materiales, pero ya se sabe que la juventud todo lo supera y lo que luego fueron quejas en ese momento eran parabienes.

 Al final al cabo de un tiempo las cosas se volvieron del revés, el aislamiento, las dificultades, y el cada vez más exigente apremio de D. Francisco terminaron por agrietar la felicidad y concordia del matrimonio y hacer válido el refrán “donde no hay harina todo es mohína”.

 Florencio era hombre para todo en la finca, igual araba, que recogía cosechas, que servía de mozo de cuadras o cuando el señorito venía de caza y parranda con sus amigotes de aventador y ojeador de perdices y faisanes que luego su mujer tenía que desplumar y cocinar para festín de invitados y si había suerte para que al final de la juerga pudieran caer algunos duros de propina y disponer de lo sobrante para comer o malvender en las tabernas del pueblo.

 Cuando empezaron a llover hijos la situación se hizo más difícil, cada año un embarazo y con cada nacimiento una boca más que alimentar con los escasos recursos de la tierra y del coto al que furtivamente acudía Florencio cada vez que escaseaba la comida, ya que por dignidad y orgullo Florencio nunca acudió a pedir ayuda a nadie y se tragaba sus penas lo que provocó que poco a poco se fuera agriando su carácter pacífico y sumiso y no aceptaba ya con resignación su suerte y su desgracia.

 Pero todo tiene un límite y Florencio rumiaba en las oscuras noches su venganza y la llevó a término.

 ¿ y qué pasó, Paca, -preguntaron casi todas al unísono-.

 Pues pasó lo que tenía que pasar, -respondió con un tono de fatalismo afectado que llevaba años esperando a brotar de su garganta-, pasó que tras la venganza las tornas se volvieron contra Florencio y su familia, los campos se agostaron, se secó el huerto, abortaron las bestias y animales de granja, el agua salina inundó el pozo, la plaga afectó a la caza que quedó mermada, en fin la desgracia se abatió sobre el cerro y la casa, la mujer enfermó de pena y los hijos fueron muriendo por la desnutrición y el abandono y al final la casa fue descuidada y poco a poco se convirtió en la ruina que ahora todas conocéis.

 ¿ y qué fue de Florencio y Lorenza, -preguntó Josefa-, porque ya sabemos que los hijos murieron y ella quedó yerma y abatida por la depresión y la locura?.

 Nadie lo sabe -respondió Paca-, una noche sin luna desaparecieron abandonando todas sus pertenencias y desde entonces nadie ha vuelto a dar noticia de ellos, pero hace poco se ha producido un extraño fenómeno en el cerro, y es que junto a la casa ya prácticamente en ruinas han retoñado dos arboledas como si quisieran representar un nuevo surgimiento de vida y esperanza en el lugar, y que a los que se acercan por allí les recuerdan el espíritu lozano, fuerte y joven de Florencio y Lorenza, y yo particularmente me inclino ante la idea de que la transformación de nuestros desechos son el abono de la nueva vida, nada permanece, pero todo se aprovecha y transforma en la naturaleza.

 Y tras este comentario de Paca, las comadres recogieron sus sillas de anea y en silencio se marcharon a sus casas, ya empezaba a ponerse el sol y estaban preocupadas por las faenas domésticas y la cena que pondrían a sus maridos e hijos, la vida continuaba, lenta y cansina en el pueblo.

 Todo se destruye con el paso del tiempo, y nada es inmutable, “todo pasa y todo queda”, como decía el poeta y al igual que la materia de este edificio se deteriora con el tiempo, los seres humanos sufrimos el mismo proceso: vivir para inevitablemente asistir a nuestro propio quebranto, inevitable y cruel para que en determinado momento nos convirtamos también en una ruina y para terminar finalmente en polvo y de esta manera unirnos indisolublemente a la madre tierra de la que procedemos, para luego resurgir transformados en nueva vida, como los árboles que ahora dan sombra a la casa.

 *Joaquín Mateos.*

 *Octubre de 2.018*